

sos, se me figura un fénix, de cuyas cenizas han salido, no uno, sino innumerables Agustinos. Conservád, hijos dichosos, el espíritu y el corazón de vuestro padre : hacéd que en un siglo, tan ciego y tan corrompido como el nuestro, sean vuestros claustros la escuela de todas las ciencias y el asilo de todas las virtudes, para que siendo perpetuos herederos de sus luces y de sus ejemplos, participéis de su incomparable mérito sobre la tierra, y de su indecible recompensa en el cielo. Amen.

SERMON

DEL PADRE SAN AGUSTIN.

(DE ARMAÑÁ.)

Vos estis lux mundi .. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum ut luceat omnibus qui in domo sunt. Matth. v.

Vosotros sois la luz del mundo..., y no encienden una vela, para ponerla bajo de un celemin, sino sobre un candelero, á fin de que alumbre á todos los de la casa.

S. Mateo, c. 5. v. 14 y 15.

No esperéis hoy de mí, amados oyentes, discursos elevados, ideas sublimes, pomposas cláusulas, ni otro de aquellos primores, que creyéndose propios de los panegíricos, se granjean á un tiempo el gusto y el aplauso del auditorio. Cuando yo fuera capaz de tanto, no me lo permitiría ni mi carácter, ni esta sagrada cátedra, ni la santa sencillez de la doctrina evangélica, ni aún el objeto mismo del panegírico, el que con su doctrina y ejemplo mostró á los prelados y á todos los ministros de la divina palabra, cuánto deben evitar en su ministerio semejantes adornos, por mas que se celebren en los oradores del siglo. Nadie pues espere hoy de esta cátedra de verdad adornos de la que se llama elegancia, sino expresiones de afecto. Esta es verdaderamente la ocasion, en que debe hablar mas el corazón que la lengua, cuando he de ponderar las glorias de mi dulcísimo padre; de aquel padre y maestro, que tomé por seguro norte para el camino del cielo; de aquel, de quien hago y siempre haré gloria de ser fiel discípulo.

Pero no por esto debéis temer que la pasión me haga exceder en los elogios, fingiendo glorias, ó abultando méritos en el objeto amado. Puedo decir lo que san Gregorio Niseno predicando del grande Basilio: *no por ser el testimonio doméstico, dejará de ser verdadero.* Es tanta la grandeza del héroe, que

por grandes que sean las alabanzas, quedarán muy inferiores. Aunque todos mis miembros se convirtieran en lenguas y resonaran por mi boca todas las venas y arterias, ¿qué podría decir digno de un santo y doctor tan insigne, á quien todo el mundo admira como un prodigio de la naturaleza y de la gracia?

Conozco bien que me he de quedar muy corto en los elogios, mas en fin serán un nuevo auténtico testimonio de mi filial cariño. Puesto que no pueden igualar la grandeza del objeto, desahogaré con ellos los ardores de mi amante corazón.

Sí, amados oyentes míos; ya que no podáis tener la satisfacción de oír á un orador elocuente, la tendréis de oír á quien está unido estrechamente con vosotros en el amor y en la veneración de tan gran Padre. Ponderaré sus grandezas, para que sirvan de estímulo á la virtud, exhortando mudamente á la imitación. Para esto quiere el Eclesiástico que alabemos á nuestros padres y mayores (1). Quiere que tengamos á la vista un espejo en que nos miremos.

Vengo pues hoy á excitar el zelo, encender la caridad cristiana, recordar á todos el uso que deben hacer de sus talentos con el ejemplo de san Agustín, que dedicó su prodigioso ingenio, sus continuos desvelos, y la mejor parte de su vida, á la gloria de Dios, y al bien de su Iglesia, mereciendo así el ilustre título de luz y astro lucidísimo del mundo, que para todos resplandece y á todos dirige. Tal es el fin de mi panegírico, y por lo mismo será todo el argumento de mi discurso manifestar, para nuestro ejemplo, el zelo ardentísimo de san Agustín, que consagró al servicio de Dios, y al mayor bien de su santa Iglesia sus admirables talentos, sus desvelos incesantes y las tareas de su vida sumamente laboriosa. Para el deseado acierto supliquemos al Señor se digne concederme los auxilios de su gracia por intercesión de su Madre santísima, saludándola con el *Ave María*.

El supremo Autor, que todo lo dispone con sumo orden segun los fines de su providencia, puso en los cielos los astros, no para solo adorno y ostentación de su brillantez, sino para disipar las tinieblas, iluminar el mundo y guiar á los mortales. Con este mismo fin distinguió ciertos ingenios como astros del

(1) *Ecclí. c. 44. v. 1.*

mundo racional; pero aunque todos brillan, por desgracia no todos alumbran.

Cuántas luces malogradas en el mundo! ¡Cuántas luciendo mucho y haciendo vanidad de sus lucimientos, nada iluminan! En las ideas, en los discursos, y tal vez en las públicas producciones de su talento, no solo resplandecen, sino que son aplaudidos y aún admirados; pero semejantes al ángel soberbio, léjos de iluminar, eclipsan otras luces con sus errores; arrastran tras sí con sus perversos ejemplos á otros que pudieran ser hermosas estrellas: no alumbran, sino que deslumbran.

¿Visteis un relámpago que hiriendo los ojos, en vez de iluminar al hombre, le ciega? ¿visteis una llama, que levantando una espesa niebla de humo llega á cubrir el cielo, y á oscurecer los mismos astros? Ni mas ni ménos sucede con semejantes ingenios. Tales fueron muchos de los decantados sabios del paganismo; tales no pocos herejes empeñados en promover con toda la fuerza de su discurso doctrinas falsas y perniciosas; tales en nuestro siglo infeliz los que vanamente satisfechos de una filosofía tan funesta como nueva, publican sus venenosas máximas con indecible conato, y aún con furor, queriendo persuadir á todo el linaje humano, que solo con ellas podrán despertarle de su lastimoso letargo, abrirle los ojos y mostrarle (¡qué frenesí!) los medios mas importantes para la verdadera dicha. Tales en fin los que dedican el tiempo, el estudio y el talento, que Dios les ha dado para la pública utilidad, no á disipar las sombras del error, no á mostrar el verdadero camino de la felicidad eterna, sino á fomentar la relajación, á cerrar el camino de la cruz, y descubrir otros mas llanos y mas deliciosos, que ni los señaló el Evangelio, ni los conocieron nuestros padres, ni los aprueba la santa Iglesia.

Estos son aquellos astros errantes, fatales cometas de quienes habla el apóstol san Júdeas (1), cuyo paradero y el de cuantos los siguen, cuando debiera ser la hermosa region de luz, por la cual ha de suspirar el corazón humano, y á la que aparentan dirigirlos, es el caos y profundo abismo de las tinieblas eternas. Algun tiempo por su desgracia pudo contarse Agustino entre estas infelices lumbreras. Brilló desde niño su maravilloso ingenio; tardó poco en manifestarse con escritos muy

(1) *Judæ, c. 13.*

aplaudidos; eran sus discursos el hechizo, y aun el asombro del mundo. Basta saber algo de su vida, para entender cuán grande fué su ingenio, su estudio, su erudición en todos los ramos de literatura; con cuánto gusto y admiración oían su doctrina ya desde muy joven aún los mas provecos en las ciencias humanas: ni es del caso detenerme en su ponderación, cuando quiero poner á vuestra vista, no un ingenio sobresaliente, sino un astro destinado por la soberana providencia del Criador á su mayor gloria y bien del universo.

Brilló pues y arrastró con su brillantez los ojos de todos el joven Agustino, admirado como un parto singular ó un monstruo de la naturaleza. Pero envuelto á poco tiempo, ya en un confuso laberinto de dudas, ya en las tinieblas del error, ya en las tristes sombras de su vanidad y de sus pasiones, por mas que lucia, no alumbraba: era para la Iglesia funesto cometa que solo causaba sustos; y aún para su propia madre, muy diferente de las que solo desean en sus hijos la fama y estimación mundana, era objeto de vivo sentimiento, considerando el indigno uso que hacia de los talentos que la divina Bondad le habia concedido, viendo que convertia en instrumentos de su ruína, y en armas contra Dios y su santa Iglesia los grandes beneficios que habia recibido de su liberal mano para su mayor gloria, mayor bien de sí mismo y utilidad comun.

Después de algunos años en que anduvó errante, y haciendo errar tal vez á otros, que enamorados de su elevado ingenio, seguirian su doctrina y su ejemplo, se convirtió en fin con los poderosos influjos de la divina gracia, que le alcanzaron las incasantes lágrimas de una madre piadosísima, únicamente solícita del verdadero bien de su querido hijo, por el cual ofrecia de continuo á Dios con su llanto los mas fervorosos ruegos; ni omitia diligencias, por mas penosas que fuesen, para el suspirado fin. Conviértese Agustino de todo corazón á Dios, con tan admirables circunstancias, que manifiestan claramente ser su conversión un portentoso de la divina gracia. Múdase de repente su afecto: apartado del mundo, de sí mismo y de cuanto ántes arrastraba sus deseos ó lisonjeaba sus esperanzas, puesto todo su corazón en la divina bondad, solo suspira por el servicio de Dios, por su dulce posesión, por su mayor gloria; y veis aquí que sale luego de las tinieblas un astroucidísimo, un sol resplandeciente que ilumina á todo el mundo. Aquí sí que pode-

mos y debemos exclamar con el Apóstol (1): *¡O abismo profundísimo de la divina sabiduría! ¡cuán incomprensibles son á nuestra corta capacidad los juicios de Dios! ¡Cuán investigables los caminos por donde dirige los mortales á los importantes fines de su providencia!* Como dispuso que se criase Moisés entre los egipcios, y aprendiese su ciencia para mejor vencerlos después, cuando fuese revestido del superior carácter á que Dios le tenia destinado; y se imbuyese san Pablo en las tradiciones del judaísmo, que con el tiempo habia de combatir con imponderable fuerza, mudado en apóstol y maestro del mundo; así permitió que Agustino, miserablemente seducido, estuviese algun tiempo envuelto en extrañas dudas y groseros errores, no solo para hacerle conocer con el escarmiento su miseria y humillar así su soberbia, sino tambien para que pudiera impugnar con mas eficacia los mismos errores de que se hallaba de antemano bien instruído. Convenia que el nuevo Salomon de la Iglesia aprendiese las vanidades, las locuras, los errores mas perniciosos para mejor triunfar de los mismos. Convenia que á imitación del invencible David y de la intrépida Judit, cortase la cabeza á los formidables enemigos del pueblo de Dios con sus propias armas.

En efecto, luego de convertido, toma la pluma para impugnar los mismos herejes que le habian pervertido. Escribe con tanta fuerza como elocuencia contra los académicos y maniqueos, de quienes principalmente se habia dejado seducir; contra los primeros, aún ántes de recibir el santo bautismo; contra los otros, poco después de haberlo recibido; consagrando á Dios, como primicias de su ardiente zelo y trofeos de su ilustrado ingenio, las mismas armas y los mismos enemigos, á cuya fuerza poco ántes se habia rendido. Dirigidos á este fin sus eficaces conatos, nada omite de cuanto puede conducir á su logro. Escribe, trata, disputa, busca como en sus propias trincheras á los contrarios, para combatirlos y vencerlos; á los que tenían mas fama de doctos, y eran como tales mas temibles; y habiendo ido intrépido á su encuentro, y entrando con ellos en la lid, confundidos en fin con los invencibles argumentos de Agustino, dieron á la Iglesia y al mundo, ó con su confusión,

(1) Rom. c. 11. v. 33.

ó con su rendimiento, un testimonio auténtico de la verdad triunfante.

No se detiene aquí el zelo de Agustino: ¿cómo pudieran contenerse los ardores de la llama que abrasaba su pecho? Empeña con tesón la defensa de la Fe, de la Iglesia y de la verdad. Aplica todo su ingenio y estudio á la extirpacion de las herejías, especialmente de las que mas infestaban las vastas regiones de África. Hallábase aquella gran porcion del universo sumamente agitada por los donatistas; no pudiendo sufrir el zelo de Agustino un cisma tan pernicioso dirigido no ménos que á rasgar la túnica inconsútil de Jesucristo, romper la red evangélica, erigir altar contra altar, dividir la santa Iglesia, tanto en el sagrado ministerio, como en la doctrina católica; convirtió toda la fuerza de su ingenio á la disipacion de aquel cisma tan fatal. ¿Qué cartas, qué tratados, qué libros no escribió? ¿qué sermones no predicó, qué diligencias no hizo para tan importante objeto? Es menester ser absolutamente ignorante de la vida y de los escritos de Agustino, para no conocer las continuas tareas, los trabajos penosísimos, las gloriosas victorias de aquel gran doctor y prelado, en esta parte; cuántas disputas, cuántos coloquios! cuántas providencias, cuántos recursos aún á los príncipes terrenos le costaron sus triunfos!

Una de las diligencias que manifestó á un tiempo el fervor de su zelo y la eficacia de su persuasion, fué la célebre disputa que á su influjo se tuvo con los donatistas, en la cual Agustino fué como el órgano del Espíritu santo, la voz de la Iglesia, y el caudillo del pueblo de Dios. Antes de dar principio á una controversia verbal, de que pendía la suspirada paz de la Iglesia africana, se ofreció la duda, ¿qué se haría de los obispos donatistas, quienes con los obispos católicos gobernaban varias diócesis de África, si llegasen á convencerse como firmemente se esperaba? Sujetarlos á los obispos católicos era un sonrojo que pudiera impedir su rendimiento: quedar en cada iglesia dos obispos podía ser tan gravoso á los pueblos, como contrario á las leyes eclesiásticas y á la misma paz, por la cual se trabajaba con tanto empeño. Ansiosísimo Agustino de esta paz, propuso que unos y otros dejasen en tal caso sus sillas. ¿Por qué, dijo, no haremos este sacrificio á nuestro Redentor?

El bajó del solio de la gloria, tomó nuestra naturaleza para que fuésemos sus miembros; y nosotros ¿no bajaremos de nuestras sillas, para evitar el cisma cruel que divide los mismos miembros? ¿Con qué cara nos presentaremos al tribunal del Pastor supremo, si nuestro amor á las glorias del mundo impide la reunion de sus ovejas por las cuales derramó la sangre? Si somos obispos, no es para nuestro bien, para el cual basta ser fieles cristianos, sino para bien del pueblo cristiano y de la Iglesia: usemos pues del episcopado en cuanto conduce á la paz, union, bien de la Iglesia y del pueblo. Si de veras amamos la Iglesia, no podemos sentir el dispendio de un honor pasajero para su lucro y aumento. La dignidad episcopal nos será mas gloriosa, si la dejamos para reunir el rebaño de Cristo, que si lo dispersamos conservándola.

Estas y otras expresiones dictadas por el espíritu fervoroso de Agustino, y avivadas con su ejemplo, declarando que por su parte estaba pronto á renunciar, y renunciaba para su caso la silla episcopal, hicieron tal impresion, que con ser trescientos los obispos, resolvieron y firmaron unánimes imitar la generosa accion de Agustino, despojándose como él de su dignidad para el santo fin que todos deseaban con ansia.

En este suceso, que hace una de las épocas mas gloriosas en los anales eclesiásticos, ¿quién no celebrará con sumo aplauso el zelo ardentísimo de Agustino? ¿Quién no admirará la fuerza de sus elocuentes declamaciones? Digan los filósofos, los oradores, los apasionados á la filosofía ó retórica, digan ¿si la mas decantada elocuencia, si los discursos mas elevados de la ciencia humana consiguieron jamas igual triunfo? Encender el deseo de la guerra y de la venganza; excitar afectos de ira, de ambicion, de gloria, de lo que se llama patriotismo, y tal vez de compasion con los miserables, esto sí que llegaron á lograrlo con sus vivas declamaciones; pero humillar tanto el afecto, no de uno, no de pocos, sino de centenares de hombres, constituídos en una dignidad sublime, tanto mas difícil de dejarla cuanto era mas respetable, ¿cuándo lo vió el mundo como efecto de la humana sabiduría, ni de la oratoria mas excelente? Todos los esfuerzos de la elocuencia romana, que sin duda se empeñarían en tan importante asunto (1), no pudie-

(1) Vid. Cic. ad Attic. lib. VII. ep. 1 et 3.

ron persuadir á César ni á Pompeyo que cediesen su primacía por la tranquilidad de la república, terriblemente agitada con la division de los dos caudillos, fluctuando con su discordia el imperio del orbe. ¿Cuántas lágrimas costó á la Iglesia la renitencia de sus pastores, fuesen ó no legítimamente colocados en el trono pontificio, á renunciar la suprema dignidad, para extinguir el cisma sumamente funesto al rebaño de Cristo? Las historias, así eclesiásticas como seculares, nos ofrecen frecuentes ejemplos de los tristes efectos que ha producido en la Iglesia, y en el siglo la repugnancia tenaz á dejar la dignidad una vez obtenida. Es demasiado poderoso para el corazón humano el atractivo de las honras y dignidades, tanto mas cuanto son mas altas, para que se incline á su abdicacion; y aunque no podemos negar que hubo en todos tiempos almas humildes, generosas, amantes del bien público, que por él se despojaron voluntarias de las honras, dignidades y empleos que mas estima el mundo, se celebra como heroica su resolucion: prueba de la suma dificultad que hay en ella, y que no se logra sin una victoria gloriosa ó de sí mismas, ó de quien pudo reducirlas con su eficaz persuasion.

Esta victoria consiguió de centenares de prelaos la sola voz de Agustino, ó por mejor decir, la voz de Dios que hablaba por su boca. Aquella voz omnipotente (1), que conmueve la tierra, que derriba los altos cedros, que abate los mas ambiciosos corazones; aquella voz que muda el afecto humano, apartándole de lo que mas estimaba, dirigiéndole á lo que le era mas sensible; aquella sola voz, de la cual Agustino era como el órgano y el instrumento, fué la que repentinamente rindió á tantos obispos, obligándolos á renunciar por su propia voluntad el obispado para la suspirada paz de la Iglesia y mayor bien del pueblo cristiano.

Triunfante Agustino de los corazones, dirigió sus armas contra los ingenios rebeldes; contra aquellos, digo, que se obstinaban en mantener y propagar el infausto cisma de los donatistas. Escribió y predicó sin cesar contra tan pernicioso error; y podemos decir sin hipérbole, que cada uno de sus libros y sermones era una victoria para la Iglesia; de suerte que apenas quedaron en el África reliquias de un cisma que se habia

(1) *Psalm. 28. v. 5.*

mantenido largos años con tenacidad, á pesar del zelo fervoroso, así de los prelaos eclesiásticos, como de las potestades seculares, empeñadas con toda su autoridad en extinguirlo. Era una hidra de muchas cabezas, que levantaba la una, cuando se le cortaba otra; mas por fin la pluma y la lengua de Agustino fueron las fuertes espadas, que con repetidos golpes la dejaron sin aliento y sin vida.

Con las mismas armas peleó contra todas las herejías y falsas doctrinas que cundian en su tiempo. El arrianismo, aquel soberbio monstruo, que con asombro del mundo, llegó á infestarlo casi todo, segun la expresion de san Gerónimo; desde el oriente donde tuvo su cuna y su trono, derramando su ponzoña por toda la tierra, penetró las vastas regiones del África, causando graves estragos con tanta mas facilidad, cuanto era mayor la fama de los autores que procuraban propagarlo con toda la fuerza de su erudicion. Agustino, que como centinela zelosísima de la Fe y de la virtud, velaba con sumo cuidado en su defensa, descubriendo el peligro, se armó intrépido contra tan terrible monstruo. Desde la sagrada cátedra lo combatia con frecuentes sermones; desde su retrete con doctísimos escritos; y aunque se opuso á ellos la pertinacia de algunos contrarios con todo el aparato de su erudicion, tuvieron en fin que ceder el campo, y retirarse, ó vencidos ó acobardados.

Disipado el arrianismo, salió de las cavernas del Norte la serpiente no ménos venenosa que astuta. Pelagio digo, que con su fama, con su doctrina, con exterioridades de virtud y santidad, impuso no solo á los incautos, mas aún á la ilustrada corte de Roma. Voló la fama del autor y de su nueva doctrina: llegó á los oídos de Agustino, siempre abiertos para examinar lo que podia importar á la direccion de su grey, y á la conservacion del sagrado depósito de la Fe, que la divina Providencia le habia confiado. Su admirable perspicacia descubrió pronto el veneno que se derramaba encubierto; quita luego la máscara á la doctrina falaz; manifiesta su falsedad, se opone á ella con pecho de diamante; la persigue con tanto mayor conato, cuanto era mayor el peligro de seduccion: y fué tan completa la victoria, que san Gerónimo, advertido desde su cueva de los errores pelagianos, contuvo los deseos de impugnarlos, teniéndolo por ocioso despues de los combates de Agustino; y así lo declaró él mismo, celebrando el triunfo y explicando el

motivo de su silencio (1) con las palabras del poeta : *No hay que llevar al bosque mas leña* (2); que fué decir, á la fuerza de los argumentos, á la copia y eficacia de la doctrina del insigne obispo Agustino, nada puede añadirse. Con efecto ella fué tal, que todos los Concilios celebrados desde entónces, así generales como provinciales, todos los pastores que gobernaron la Iglesia, la tomaron por segura norma de lo que se habia de creer. En uno de los Concilios, cuando Pelagio ponía el mayor empeño en defender sus errores, habiendo hablado con menosprecio de Agustino, causó tal indignacion en el zelo de los preladados, que exclamaron luego : *Blasfemó contra un obispo, por cuya boca consiguió el Señor la unidad saludable de toda el Africa* (3). Notád, fieles, la expresion de aquel sabio congreso. La injuria contra la doctrina de Agustino la reputa por blasfemia, como especialmente injuriosa al mismo Dios, de quien Agustino era el fidelísimo ministro, su voz el órgano, su pluma el instrumento.

De las cenizas de Celestio y Pelagio renacieron y aún se multiplicaron sus errores con los conatos del jóven Juliano, que satisfecho de su erudicion, tuvo la osadía de provocar con sus depravados escritos al santo viejo Agustino, cuando parecia poder ya colgar con sus trofeos las armas, y á la sombra de sus palmas descansar de los trabajos de tanta guerra. Se hallaba entónces el África inundada de tropas enemigas, cuyos estragos tenian consternado el tierno corazon de Agustino y de todos los preladados eclesiásticos. La ciudad misma de Hipona sitiada por aquellas tropas con inminente peligro de su rendicion, era para el amantísimo pastor objeto de su continuo llanto, considerando los terribles males que amenazaban por instantes á su rebaño. Su edad, sus trabajos y el quebranto de su salud le hacian temer justamente la próxima muerte, que realmente sucedió en breve. Mas todo esto no fué parte para contener los ardores de su zelo : ya que no podia en todo el día escribir contra el nuevo hereje por sus continuas ocupaciones, en las circunstancias de tanto peligro, que ejecutaban toda su aplicacion, empleó las noches, pasándolas insomne para

(1) Hieron. Dial. 3. contra Pelag. (2) *In silvam ne ligna feras.* Horat.

(3) Paul. Oros. Apologet. tom. XVII. operum S. P. Aug. col. 1680 ed. venet.

defender la Iglesia de tan fiero enemigo, contra el cual escribió, sin tregua y sin demora la que se llama *Obra imperfecta*, por haber cortado la muerte su hilo ántes de acabarla. De ella podemos decir lo que con verdad ó por fábula se dice del cisne, que cercano á la muerte canta mas dulcemente. ¡Qué copia de doctrina, qué fuerza de razones, qué elocuencia, qué energía, qué contextura y belleza no se admira en toda ella! Confundido el orgulloso jóven, parece no necesitó la Iglesia mas armas para rendirle, puesto que no se lee haber despues levantado la cabeza.

No se ciñeron las ilustres victorias de Agustino á las ponderadas hasta aquí. Combatió con igual fuerza y felicidad al paganismo, escribiendo contra él entre otras muchas obras la *De la Ciudad de Dios*; aquella obra que siempre será el asombro de los sabios, aún de los mas rigurosos críticos; por su vasta erudicion sagrada y profana, por el orden, método y elegancia de todas sus partes, por la invencible fuerza de sus argumentos, y por haber sido parto de un ingenio sumamente ocupado en otros asuntos de la mayor gravedad, escribiendo Agustino en poco tiempo, rodeado de gravísimos asuntos, lo que pedia toda la vida de un hombre, ó de muchos hombres dedicados únicamente á ella. Escribió contra otros errores, ó pertenecientes al dogma, ó á la moralidad cristiana : no hubo error ni vicio que no impugnase : no hubo verdad importante para la Religion católica que sólidamente no estableciese : no hubo estado ni clase de personas que no instruyese y guiase. Plantó en África el instituto monástico, desconocido hasta entónces en aquellas regiones. Abrazándolo luego de convertido, impaciente su zelo de propagar tan santo propósito, á poco tiempo puso en ejecucion su fervoroso deseo ; y fué con tanto fruto, que ya en su vida vió salir de su monasterio diez obispos para otras tantas iglesias, algunas de ellas muy eminentes, á peticion de las mismas, que conociendo bien la doctrina, virtud y distinguido mérito de los nuevos monjes, afianzaban en su gobierno los mas felices efectos. Aquellos preladados inflamados con el ejemplo y exhortaciones de Agustino, fundaron tambien en sus diócesis monasterios agustinianos, con que se extendieron en breve por toda el África y fuera de ella las ramas del precioso árbol que habia plantado Agustino. Presentó á los profesores de su instituto, así monjes como monjas,